

## IDENTIFICACIÓN Y REPRESENTACIÓN. UN INTENTO DUALISTA DE EXPLICAR LA PERCEPCIÓN

VÁZQUEZ SÁNCHEZ, Juan, *Mente y mundo. Aproximación neurológica*, Madrid, Akal, 2007.

El libro que pretendemos revisar, como su mismo autor nos cuenta, ahonda en un problema viejo (¿cuál es la relación existente entre mundo y pensamiento?) a partir de una constatación: dicho problema puede ser replanteado (de hecho, nos advierte, lo ha sido dentro de la tradición analítica) como una correlación entre lenguaje y realidad; pero dicho problema se muestra como falso (se convierte en un pseudo-problema) cuando advertimos que remite a un mal uso de los términos lingüísticos que permiten referirse al mundo y cuando constatamos que la ciencia actual (especialmente la neurología) aporta soluciones de primera mano que permiten explicar el modo en que obtenemos conocimiento externo a partir de la estructura subdóxica humana (en especial, el cerebro y el sistema nervioso central). Aunque en un principio parece situarnos frente a una revisión materialista de ciertas nociones actualmente relevantes dentro de la Filosofía analítica de la Mente, el mensaje de fondo apunta más allá al pretender aportar soluciones a problemas planteados dentro del ámbito de la Filosofía de la Ciencia: desde la importancia de tener en cuenta los desarrollos de las ciencias específicas para el análisis de determinados problemas filosóficos a la necesaria inclusión de datos empíricos dentro de una explicación satisfactoria de la realidad.

Ya desde el primer capítulo («La identificación perceptiva en el proceso de la percepción»), Vázquez muestra una doble vertiente de respuesta. Por un lado, el pseudoproblema de la mente reconvertido en una mera noción lingüística puede abordarse desde una perspectiva neurológica porque el avance de las ciencias particulares relativas al cerebro (y al sistema nervioso en general) aportan una gran serie de nuevos datos que modifican nuestra visión fisiológica del órgano capaz de la percepción, que (no es de extrañar, dado el histórico recorrido de la tradición empirista) parece pasar a ocupar el centro de gravedad de la

problemática relativa a la mente. Por otro lado, esos mismos resultados permiten ofrecer una serie de elementos (entre ellos la normatividad de lo mental) que necesariamente obligan a rendir cuenta del marcado aspecto fenoménico de toda experiencia mental. A partir de estas dos visiones asociadas, la conclusión se desprende de modo natural: la percepción consiste en una asimilación constante de toda la información disponible (un punto de vista neuro-funcional) desde el punto de vista fenomenológico del sujeto perceptor (al que hay que presuponerle un contenido conceptual previo).

Como toda teoría que considera que la percepción consiste en un conjunto de 'imágenes' lingüísticamente estructuradas que representan (proposicionalmente hablando) el mundo, también Vázquez debe enfrentarse al problema que plantea tener que definir qué se supone que es una representación y en que sentido puede responder una teoría representacional de la percepción a la amenaza escéptica. Ésta es la misión que encomienda al segundo capítulo («Identificación perceptiva y representación»). Pero a la hora de plantear la posibilidad de extraer un rendimiento adecuado a su posicionamiento, comienza estableciendo una distinción: desde una visión cartesiana, siempre queda por explicar cómo puede ser que a menudo estemos equivocados en nuestros juicios perceptivos (dado que identifica percepción con representación interna), por lo que sería conveniente abandonarla a favor de un dualismo que diferencie, por un lado, las representaciones mentales como un elemento internista (unas representaciones mentales que siempre pueden ser equivocadas) y, por el otro, la presencia de identificaciones (biológicamente establecidas) perceptivas de los modos en los que se da el mundo, siempre que se demuestre su veracidad (aportando, así, un supuesto elemento externista a su teoría). Pero, ¿cómo podemos diferenciar las identificaciones verdaderas de las falsas? Ésa es la misión del tercer capítulo.

«Identificaciones perceptivas verídicas y no-verídicas» pretende establecer un criterio de verdad para la percepción (basado en el establecimiento de una compatibilidad de las concretas percepciones verdaderas entre sí de un sujeto determinado respecto de un mismo objeto y en



la incompatibilidad de las percepciones falsas del mismo sujeto respecto del mismo objeto) que permite diferenciar aquellas identificaciones perceptivas no-verídicas (básicamente, aquellas derivadas de las ilusiones, de las alucinaciones y los casos en los cuales se incurre en una equivocación) de todas las demás.

Si el apartado anterior ha presupuesto una cierta noción de objeto en tanto que percibido, Vázquez nos presenta en el cuarto capítulo («Los objetos y su identificación en el proceso de percepción: una doble noción de objeto») una definición del mismo basada en los precedentes peirceanos y husserlianos. Así, establece una doble definición: por un lado, un objeto es un elemento conceptualizado (percibido de un modo predeterminado), por otro lado, un objeto también es lógica y epistemológicamente trascendente (en tanto que sus modos de darse son ilimitados). Esta doble noción permitirá la modularidad de nuestras percepciones en tanto que hará posible una percepción relativa a los marcos conceptuales disponibles, siendo imposible instaurar un único criterio que identifique con certeza la verdad de las percepciones, aunque esta relativización arrastrará la indeseable consecuencia escéptica de nunca poder desterrar la posibilidad del fallo epistémico en la identificación de percepciones, a pesar de que esa pluralidad conceptual presuponga la existencia real de un único mundo material que la contenga, como constata el apartado quinto («Identificación perceptiva y pluralidad de mundos»).

El intento de análisis de la relación entre percepción y lenguaje a partir de la evaluación de los resultados obtenidos recientemente por la neurobiología por medio del estudio de las lesiones cerebrales y de los datos ofrecidos por las actuales técnicas de mapeado cerebral (como la tomografías por emisión de positrones o las imágenes funcionales por resonancia magnética), permiten a Vázquez concluir la relación física existente entre el contenido lingüístico y determinadas partes del cerebro asociadas a la percepción, lo que nos indicaría que el contenido del lenguaje se obtiene de las mismas áreas en las que la percepción almacena la información captada del exterior por medio de las identificaciones. Éste es el objetivo del capítulo sex-

to («Identificación perceptiva y lenguaje»). Dicha asociación entre la parte fisiológica del lenguaje y la parte trascendente del mundo le permitirá concluir a nuestro autor que, para dilucidar el modo en que el lenguaje perceptivo se 'ancla' en el mundo deberemos atender por igual a los objetos hablados y los objetos experimentados (p. 77), concluyendo así un dualismo que, a pesar de no ser metafísico, reconoce la existencia de un mundo independiente de la mente.

En «Los enunciados de percepción y su valor de verdad» (apartado séptimo), Vázquez regresa sobre el problema de la noción de verdad respecto de los enunciados de percepción, pero esta vez a partir del dualismo de propiedades instaurado. Siguiendo con lo anteriormente expuesto, se refina el criterio de compatibilidad de identificaciones. Este recurso se torna crucial en el último capítulo («Las identificaciones perceptivas en los procesos de observación científica experimental: la carga teórica y la carga no-teórica en la observación científica»), donde Vázquez pretende aplicar su concepción acerca de la teoría perceptiva al marco empírico sobre el que descansa el conocimiento científico, concluyendo con una especie de relativismo conceptual respecto de las visiones científicas del mundo (acorde con el relativismo perceptivo expuesto).

Aunque actualmente todo intento de explicación de los procesos conscientes es de alabanza (y no sólo por lo dificultoso del tema, sino también por la casi total falta de estudios serios al respecto en nuestro idioma), no todo resultado es deseable. Éste es el caso del libro de Vázquez. Por varias razones. En primer lugar, y a favor de una crítica general a la metodología empleada, el uso indebido de datos y estudios científicos comienza a ser una práctica habitual. Estoy totalmente de acuerdo en que cualquier intento serio de explicación del aparato mental consciente debe tener en cuenta los últimos avances de las ciencias específicas del cerebro y construir el pertinente argumento capaz de absorberlo, pero ello no quiere decir que puedan ser interpretados desde cualquier posicionamiento. Si atendemos a los hechos físicos de la realidad cerebral, la existencia de supuestas partes o áreas cerebrales en donde se localizarían diferentes



funciones es un mito, dado que en casos de lesión en una de dichas áreas, los tejidos neuronales se superponen y se reorganizan, permitiendo la modificación del sistema nervioso central, para permitir una redistribución de las capacidades (como muestran los mismos estudios que Vázquez cita). Pero también, en segundo lugar y con un espíritu más particular, concluir con un dualismo de propiedades no es más que querer enmascarar el verdadero problema de lo mental tras

la cortina de humo propuesta por la terminología tradicional. El intento de casar el mundo material con la presunta 'realidad' de lo mental acaba por abrir más incógnitas de las que permite cerrar. No estoy defendiendo la tesis de la inexistencia de lo mental: lo mental existe, pero en tanto reducible a lo físico. Por tanto, aunque el intento de Vázquez es aceptable, los resultados son infructuosos.

Juan José COLOMINA ALMINYANA

